

## Prologo (inédito) del libro “Razones para educar en familia”

A este libro, como a casi todos, se acercarán personas con inquietudes o expectativas distintas. Por lo mismo, amiga, amigo, le va a resultar tan grato cuanto desconcertante. ¿Qué es esa moda de abandonar la escuela? ¿No sería mejor luchar desde dentro para mejorarla? ¿No serán mis hijos candidatos a dejar la escuela? Pero, ¿cómo me hago cargo yo de ellos en casa? No tengo tiempo ni estoy preparada... ¿No hay puntos de conexión entre el dentro y el fuera de la escuela?

Es posible que su lectura no dé una respuesta teórica a todos esos interrogantes, pero quienes se pongan en actitud de escucha del murmullo de fondo van a encontrar ecos y repuestas prácticas a sus propias inquietudes y dudas sobre la educación hoy. Sus autores son un nutrido grupo de personas adultas, de jóvenes, de adolescentes y niños unidos por el hecho de no haber seguido o no estar siguiendo la senda de la escolarización normal. Además de los relatos muy vivos de los padres que han decidido "sacar" a sus hijos e hijas de la escuela y de las vivencias de los propios chicos y chicas, hay testimonios de personas de varias edades que se educaron fuera de la escuela y que, sin embargo, han adquirido, con o sin título, una notable formación, como queda patente al leer sus historias vitales.

Todos los autores cuentan sin grandes pretensiones sus vivencias y emociones. Tanto con relación a la escuela a la que fueron o a la que han dejado de ir como, sobre todo, sobre su experiencia educativa presente. Quieren compartir con otros sus titubeos, sus búsquedas y las alegrías que depara el aprender a hacer el camino y hacerlo cada día.

No encontrará alegatos ni reproches genéricos contra nada ni contra nadie. Nadie en este librito pontifica sobre la escuela y el sistema educativo ni sobre nada. Sobre todo cuando escriben las personas adultas, se nota el afán de no molestar a nadie, de no culpar amargamente a nadie por los problemas escolares que, en algunos casos, movieron a unos padres o/y a unos chicos a sumarse a la opción de otras familias de educar y educarse en casa. Nada hay de apoloético, aunque, por el mero hecho de presentarse sin artificio alguno, en tono vivo e incitante, las padres y madres, las chicas y los chicos de la Asociación para la Libre Educación liquidan un buen número de los fantasmas y prejuicios que este tipo de opciones educativas suele suscitar entre los bien pensantes.

Una palabra para las profesoras/es que, con justificado recelo, vayan a ojear este librito. Es más que lógico que se pregunte Ud si el irse de la escuela no es un claro reproche a su tarea, cada vez más difícil, más ingrata, menos reconocida y reconocible. Le ruego, amiga, que vaya directamente a las páginas escritas por quienes podrían ser sus alumnos: Laia, Pedro, Eric, Emmanuel. Algunos de ellos escriben las palabras más duras de este libro sobre la vida en un aula o en un colegio. Nada, sin embargo, que Ud no sepa, amiga, amigo. Simplemente es la misma película contada por los actores que normalmente no hacen el guión de la escuela, aunque hace mucho tiempo que venimos diciendo que ellos, los niños, son la razón de ser del sistema educativo y el centro de la pedagogía. Estoy seguro de que compartirá mi emoción al leer algunos párrafos en que se trasparenta virgen el asombro al descubrir la pobreza o el dinero, o el coltan que, esencial para el funcionamiento del móvil y de la play station, atiza por debajo las varias guerras del Congo. ¿No nos quejamos de que se ha perdido el afán de aprender? Si escuchamos a algunos de estos niños y a sus madres y padres, tal vez redescubramos otra vez lo que deslumbró a nuestros padres griegos hace siglos.

Una palabra para los responsables del sistema educativo. Está Ud en su deber al hacerse todas las preguntas sobre opciones e iniciativas como la que late bajo las páginas de este librito. Más allá y más acá de las leyes vigentes o futuras, entiendo que Ud se preocupe por la salvaguarda del derecho de los niños a educarse. Estoy seguro de que le tranquilizará encontrarse aquí con padres y madres tan abnegadas y responsables, que no eligen un camino sin retorno para sus hijos y que pueden ir mostrando resultados satisfactorios inclusive en términos escolares.

Claro que resulta a priori chocante que haya gentes modernas y educadas que prefieran educar a sus hijos sin contar con la escuela, cuando tanto han tenido que bregar las sociedades, incluida la nuestra, para que todos los niños tuvieran acceso a una, cuando todavía es una conquista reciente en las sociedades ricas y una ardua tarea, como la de comer algo cada día, en

vastas zonas del mundo. No es necesario decirles que, aparte de que en toda sociedad habrá que respetar a las personas que no sigan la norma general en cualquier aspecto, en el caso concreto de la escuela hay un factor intrínseco al sistema. Las madres y padres que escriben en este libro no son personas excéntricas o de culturas minoritarias o marginales. Las chicas/os no son unos inadaptados sociales, sino todo lo contrario. ¿Cuántas redacciones sobre el coltán se han hecho en primero de la ESO?

Lo que pasa y lo que no pasa dentro del sistema, en la caja negra de la escuela, tiene mucho que ver con la aversión o el deseo de huida de la escuela visible en muchos adolescentes y con tantas otras manifestaciones del malestar escolar. Es, pues, comprensible que algunos padres y madres responsables, preocupados por el presente y el futuro de sus hijos tanto como aquellos que los llevan a los mejores colegios, tomen la arriesgada decisión de no compartir con la escuela la educación e instrucción de sus hijos durante unos cuantos años. Arriesgada porque pueden equivocarse, pero también porque el entorno social inmediato no es benévolo con quienes rompen las normas y la sospecha es la primera reacción de las instituciones. Por más que sea muy plausible el celo por evitar el abandono de los niños, es fácil entender lo mal que lo pasó Eric cuando llamaron a la puerta de su casa los Servicios Sociales del Ayuntamiento (en algunas provincias se han presentado en casa la pareja de la guardia civil).

¿Que por qué estos padres no luchan dentro del sistema educativo para cambiarlo desde dentro? Sería bueno preguntárselo a ellos, a los que forman parte de asociaciones como ALE y a quienes toman ese camino por libre. Tal vez estar dentro o fuera de la escuela no sea la única opción posible, pues es dable imaginar distintos grados de escolarización y desescolarización. Las profesoras/es que se acerquen a esta experiencia con simpatía y con afán de aprender van a encontrar o construir puentes de colaboración con las familias que educan en casa. Por ejemplo, para que los chicos/as no escolarizados puedan usar la biblioteca o los ordenadores dentro de la escuela o/y puedan asistir a algunas actividades colectivas (visitas a museos y análogas).

Sea cual sea el futuro de este tipo de experiencias, lo menos que se puede pedir a quien corresponda (el Parlamento español y los parlamentos de las Comunidades Autónomas), es que, al legislar nuevamente sobre educación, no dejen en el limbo legal a quienes hacen opciones educativas diferentes, pues seguir dejándolos en el limbo legal añade una dosis innecesaria de sufrimiento y de incertidumbre a los chicos y a las familias. O ¿habría que recordar que la educación no es sinónimo de escolarización? En la vieja Ley Moyano eso ya estaba claro, como en muchas legislaciones y prácticas de países como Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Italia, Portugal, Nueva Zelanda,...

José Antonio Fernández \*

\* Colaborador de Paulo Freire en Chile (1967-68), fue asesor del Ministerio de Educación de España (1983-89) y director de Eurydice, la red de información sobre educación de la Comunidad Europea (Bruselas, 1990-92).